

Michael J. Kruger. *El cristianismo en la encrucijada del siglo II*. Sígueme, 2025, 331 pp. ISBN: 978-84-301-2268-4.

Se trata de la traducción española del original inglés: *Christianity at the Crossroads. How the Second Century Shaped the Future of the Church*, publicado en Londres por SPCK Publishing en 2017. Recoge un amplio estudio acerca de los desafíos que enfrentó el cristianismo en el siglo II y del modo en que les dio respuesta. El autor viene así a llenar un vacío existente en los estudios sobre los orígenes cristianos, que apenas han abordado lo sucedido en este siglo, al contrario del gran número de monografías que han tratado el siglo anterior o los dos siguientes. Para Kruger, sin embargo, el siglo II constituye un momento decisivo en la historia de la Iglesia. A lo largo de la obra, trata de poner de manifiesto cómo algunas de las cuestiones más cruciales para la supervivencia del cristianismo quedaron moldeadas por lo vivido en ese tiempo.

Comienza con un prefacio donde fundamenta el interés del libro y expresa su agradecimiento a quienes han colaborado en su publicación. A ello sigue una amplia introducción en la que expone el estado de la cuestión y centra someramente el tema de estudio. Define el siglo II como una “época de transiciones” para el cristianismo, debido a los cambios que tuvo que afrontar a nivel sociológico, político-cultural, eclesiológico y textual-canónico. Serán precisamente estos cambios los que se tratarán con detalle a lo largo de la obra, incidiendo en los contextos, las causas y, sobre todo, la forma en que se les dio respuesta. Por otro lado, en esta introducción se insiste en el carácter preliminar del libro -no es una monografía exhaustiva-, en la ordenación temática del contenido, en el equilibrio entre las fuentes primarias y secundarias y en el esfuerzo realizado para restringir el horizonte de la investigación al siglo II.

Siguiendo el planteamiento general, el capítulo primero se adentra en la configuración sociológica de las comunidades cristianas de esa época. Kruger destaca la diversidad de procedencias étnicas y económicas, así como el atractivo que supuso esta nueva religión para muchas mujeres. La paulatina separación del judaísmo y el distanciamiento de la religión romana por su estricto monoteísmo, hizo del cristianismo una religión extraña en su contexto, novedosa, sin proyección pública y sin vinculación nacional ni racial. Por otro lado, las fuentes evidencian también una apertura a diferentes clases sociales, de manera que muchos cristianos provenían de los estratos más bajos de la sociedad, pero no todos. Y, junto a ello, son también claros los indicios de que las mujeres desempeñaron una notable función en este estadio, promoviendo la causa cristiana de muchas maneras. Se

trata de aspectos sociológicos, pero claves para determinar uno de los rasgos fundamentales del cristianismo que pervivirá en el futuro: el estar destinado a todas las gentes.

A raíz del análisis anterior, el autor profundiza en el capítulo segundo en la inadaptación cultural del movimiento cristiano, alejado en la praxis religiosa tanto del mundo judío como del grecorromano. Ahonda en las causas por las que fue considerado una “superstición” -en palabras de Plinio el Joven- y en las consecuencias que eso tuvo. Destaca cómo, en concreto, llegó a ser visto como subversivo y peligroso por el Imperio, así como intelectualmente inferior por los filósofos de la época. Ello conllevó persecuciones de carácter político e intelectual, que se analizan en este capítulo. A pesar del sufrimiento que esto supuso, el autor hace un balance positivo, pues considera que los dirigentes cristianos se vieron obligados a reflexionar sobre sus creencias y a formular las verdades de fe estableciendo puentes intelectuales con el mundo pagano. Esto se muestra principalmente en los escritos de los apologistas, cuyas obras se resumen en la última parte del capítulo. Para Kruger, esta reflexión intelectual fue también crucial para el futuro del movimiento cristiano.

El tercer capítulo desvía la mirada de presiones externas para centrarse en la vivencia y organización interna de las comunidades. Parte de la idea de que, en el fondo, la actividad en la que estaban comprometidos los cristianos del siglo II era muy sencilla: reunirse regularmente para el culto. A lo largo del capítulo, el autor intenta responder a cuestiones relacionadas con ello, como, por ejemplo, qué hacían en esas reuniones, quiénes las dirigían, qué relación había entre las comunidades y cómo se estructuraba el liderazgo. Trata de clarificar la función que desempeñaba el “conjunto de presbíteros/obispos”, así como la organización de las iglesias domésticas y el objeto y los elementos del culto. Tras advertir de que no existía una praxis uniforme, refiere como generalidades “la reunión el primer día de la semana”, “la enseñanza” (de la Escritura y en la predicación), “el banquete” (la Cena del Señor) y “el bautismo” como rito de iniciación fundamental. Y todo ello en el marco de una determinada estructura eclesial, que continuaría siendo el marco cultural de las generaciones futuras.

Los capítulos cuarto y quinto están dedicados al contenido intelectual o doctrinal que pervivía en aquella época. En cada uno se aborda desde una óptica propia: por un lado, subrayando su diversidad (4. “Caminos alternativos. La diversidad en el cristianismo del siglo II”) y, por otra, su unidad (5. “La gran iglesia. La unidad en el cristianismo del siglo II”). El autor parte de su propia postura

ante las tesis de Walter Bauer, quien, en 1934, publicó una obra de gran repercusión: *Ortodoxia y herejía en el cristianismo primitivo*. En ella, trató de mostrar la artificialidad de las distinciones entre ortodoxia y herejía en los primeros siglos, incidiendo en el hecho de que, en este período, se trataba de versiones del cristianismo rivales que reivindicaban cada una de ellas ser la original. Kruger comparte la idea de que, ciertamente, el cristianismo primitivo fue más diverso de lo que muchos han reconocido en el pasado; pero, junto a los críticos de Bauer, refuta la noción de que no existían diferencias significativas entre la herejía y la ortodoxia o que los grupos heréticos prevalecieron sobre los ortodoxos. Dedicó, por ello, el capítulo cuarto a presentar la diversidad de grupos dentro del cristianismo del siglo II y el capítulo quinto a abordar su alcance y a contestar a la pregunta sobre si realmente no hay forma de distinguir entre herejía y ortodoxia en este período.

Respecto a la diversidad (capítulo cuarto), el autor realiza una exposición clara y concreta del origen, desarrollo y principales creencias de los grupos ebionitas, marcionitas, gnósticos y montanistas. La finalidad es poner de relieve las cuestiones teológicas que dividieron a los cristianos de la segunda centuria. Del análisis de estos grupos destaca una serie de temas que fueron especialmente (y repetidamente) controvertidos: la doctrina de la creación, la naturaleza y autoridad del Antiguo Testamento, la soteriología y la humanidad/divinidad de Cristo.

Frente a esta diversidad incuestionable, se pregunta en el capítulo quinto si existen suficientes indicios que permitan afirmar su precedencia y carácter mayoritario. Demuestra, en primer lugar, que, en medio de la diversidad, es posible determinar un conjunto básico de creencias que unían a la mayoría de los cristianos y que se encontraban recogidas en lo que se llamó la *regula fidei*. Si bien entre los autores patrísticos del siglo II no hay una definición unívoca de su contenido, las distintas formulaciones apuntan a un compendio doctrinal expuesto de manera narrativa para referir la acción de Dios en la historia a la luz del metarrelato bíblico, desde el Antiguo hasta el Nuevo Testamento. El liderazgo de los autores que la proclaman (Tertuliano, Ireneo, Justino Mártir, Ignacio...) así como el amplio marco geográfico de su influencia (Lyon, Esmirna, Antioquía, Roma, Éfeso...) apuntan hacia un alto alcance de la ortodoxia, alcance que no puede determinarse de igual manera por parte de la heterodoxia, teniendo en cuenta las fuentes disponibles. A ello se suma también el tipo de libros que fueron más ampliamente difundidos, junto con la retórica de los grupos rivales y lo que estos dicen sobre el tamaño o influjo de los otros. En segundo lugar, se pregunta si a este modelo ortodoxo debería otorgársele algún tipo de estatus normativo. Retoma aquí el

criterio al que, tanto unos como otros, apelaban para considerarse los auténticos cristianos: “la enseñanza de los apóstoles”. En este punto, Kruger vuelve la mirada a las fuentes más primitivas del siglo I, para contrastarlas con la *regula fidei* y las doctrinas heterodoxas. Si bien reconoce que en el siglo I había también una fuerte diversidad, apunta hacia unos límites de la misma que permiten hablar de elementos unificadores que descartarían varias de las doctrinas heréticas. De ahí que pueda hablarse de un núcleo común doctrinal que no fue una tradición más entre otras y que se convirtió en la forma dominante de la fe durante los siglos siguientes.

Los dos últimos capítulos (6. “Una cultura textual. La literatura del cristianismo del siglo II” y 7. “Una nueva Escritura. El canon del Nuevo Testamento”) están también interrelacionados. El interés “libresco” del movimiento cristiano hunde sus raíces en su profunda tradición judía. Sin embargo, no se limitó al uso de las Escrituras hebreas, ya que pronto los cristianos empezaron a escribir sus propias obras. Además, muchos de sus libros terminaron por ser considerados como una nueva “Escritura”. Este interés por lo literario, especialmente en el contexto del culto y de la formación, es abordado en el capítulo sexto, mientras que en el siguiente se trata el proceso que llevó a conformar una nueva colección de escrituras sagradas.

La sólida cultura literaria y textual del cristianismo del siglo II se analiza en el capítulo sexto teniendo en cuenta otro rasgo importante: que la gran mayoría de los que se adherían a la nueva religión –al igual que la gran mayoría de sus contemporáneos– no sabía leer. Partiendo de este dato, el autor trata de esclarecer la relación entre oralidad y escritura en esta época, repasa la literatura cristiana que se elaboró en el siglo II –dedicando un amplio espacio a los apócrifos–, profundiza en el formato de producción de libros en el cristianismo primitivo en forma de códices y analiza las redes de circulación y distribución que se generaron. Muestra así el singular aprecio que tuvieron por los escritos, su interés por preservar el contenido intelectual de la religión en los libros –a diferencia de las religiones populares grecorromanas–, la incipiente consideración de que algunos de ellos formaban parte de una colección sagrada, y su destino a la lectura pública, no como meras obras artísticas. Kruger trata de responder también a otras cuestiones planteadas por diferentes autores en torno a este tema como, por ejemplo, las relacionadas con la copia de libros o el posible descontrol respecto al contenido en los estadios anteriores al texto. Con su exhaustivo análisis, ofrece argumentos de conjunto que le permiten afirmar que estamos ante un movimiento intelectual

sólido, que llevó incluso a algunos de sus contemporáneos a considerarlo más como una filosofía que como una religión.

Avanzando sobre ello, el capítulo siguiente se adentra en el hecho de que los cristianos de esta época no solo escribieron libros, sino que consideraron algunos de ellos como Palabra de Dios. Si bien las primeras listas canónicas no aparecen hasta el siglo IV, el autor analiza su estado y antecedentes ya en la segunda centuria. Discute, en primer lugar, las diferentes posturas académicas respecto a la situación del canon en este período para ofrecer a continuación la suya. Destaca el testimonio de Ireneo, al que añade el que aparece en otros escritos que permiten hablar de un canon “nuclear” en el siglo II y de las consecuencias que tiene para la reflexión en torno a la herejía y la ortodoxia en esta época. Considera que este canon incipiente no fue el resultado de los debates entre los diferentes grupos y tendencias, sino lo que permitió a la Iglesia sobrevivir en medio de las discusiones.

Finaliza el libro con una conclusión que lleva por título “El cristianismo en la encrucijada”. Recupera la tesis fundamental del libro, resume su contenido y añade tres reflexiones acerca de cómo el siglo II puede moldear el cristianismo actual. Estas giran en torno su carácter profético en medio de un mundo hostil, en su dimensión intelectual y en la centralidad de la vida de las comunidades en torno al culto a Jesús.

Los diferentes temas abordados por el autor son una prueba de que estamos ante una obra que recoge una visión amplia y global del cristianismo en el siglo II. Si bien las fuentes primarias que maneja no son novedosas, la forma en que las ha articulado y manejado permiten acceder al contexto de la época y reconocer las principales líneas de desarrollo del movimiento cristiano. Kruger es prudente al intercalar estudios y puntos de vista diferentes al suyo en medio de las afirmaciones que realiza, así como también lo es al recordar al lector que, más allá de las generalidades, existió una gran diversidad en la vivencia cristiana del siglo II. No obstante, desgrana con agudeza las líneas fundamentales que pueden trazarse a partir del acceso a las fuentes, sin abusar de razonamientos como, por ejemplo, el recurso al silencio en los escritos patrísticos o de los adversarios, o sin argumentar de manera inductiva a partir de la formulación previa de hipótesis.

Siendo esta visión clara y general una de los rasgos más valiosos del libro, en ocasiones puede ser también una debilidad, ya que bajo algunos temas se intuyen problemáticas más profundas. No obstante, el propio autor señala al inicio el

carácter introductorio de la obra y añade abundante bibliografía de consulta para quienes deseen ahondar con mayor detenimiento.

Sin lugar a dudas, el libro cumple con su objetivo de poner de manifiesto la importancia que tuvo el siglo II para el desarrollo del cristianismo; no solo para su supervivencia en medio de un ambiente hostil y con una gran fragilidad interna, sino también porque en ese momento se trazaron las líneas configuradoras de su orientación y su estructura.

Así pues, no cabe sino valorar muy positivamente la publicación de estudios de este tipo, que permiten un acceso claro y concreto a una etapa de los orígenes cristianos poco investigada. La buena pluma del autor, su capacidad de síntesis, su claridad expositiva y su concisión favorecen y facilitan su lectura. Se recomienda no solo a expertos, sino a un público general interesado en el tema, que desee profundizar en los procesos de desarrollo del cristianismo primitivo, especialmente en el complejo contexto grecorromano del siglo II.

Ana Rodríguez Laiz

Universidad Pontificia de Salamanca